

caga 7 (35-1)

Consensos y Confrontaciones

Que algunos políticos parezcan inclinados a buscar consensos y otros confrontaciones podría atribuirse a razones de personalidad. Los fuertes preferirán las confrontaciones; los débiles, los consensos.

Puede intentarse un análisis más profundo.

Don Juan Donoso Cortés, el gran político y orador español del siglo pasado, fue liberal en su juventud.

Para los detractores del liberalismo, ser liberal en esa época significaba desconocer fuerza legal a las decisiones del pueblo o del monarca para erradicar la soberanía en la Constitución y su ejercicio en el Parlamento, cuerpo concebido no para tomar decisiones, sino para dar cabida a debates sin clausura, a "eternos coloquios" entre políticos profesionales, quienes así agotaban sus ímpetus confrontacionales mientras la burguesía se enriquecía en paz.

Donoso Cortés dejó de ser liberal y se transformó en inspirador de una concepción política que, décadas más tarde, el teórico político alemán Carl Schmitt llamó "decisionismo", postura que abomina de la palabrería de los políticos y de su incapacidad para tomar decisiones encaminadas a preservar el bien y combatir el mal. Schmitt reivindicó la importancia de Donoso en el desarrollo de las ideas políticas en los últimos cien años.

El bien y el mal para Donoso eran, respectivamente, el catolicismo y el socialismo.

Las sublevaciones socialistas europeas de 1848 terminaron por convencerlo de que la hora de las decisiones había llegado, que era inútil buscar consensos e inútil el Parlamento. Algunos podían seguir confiando en la democracia liberal para los tiempos normales. El había dejado de creer que existieran tiempos normales. En todo caso, cuando el año 48 el mal se desencadenó, Donoso proclamó que prefería "la dictadura de la espada a la dictadura del puñal", esto es, una dictadura militar católica a una tiranía proletaria socialista.

Pasemos de Donoso a Chamberlain, el promotor de los diálogos de Múnich con Hitler y Mussolini. Aquí el tema se complica. El comunismo imperaba en Rusia desde 1917. Salvo en España, ninguna fuerza parecía capaz de hacerle frente. Sólo Hitler mostraba la decisión de mantenerlo a raya en el centro de Europa. Chamberlain, teniendo que optar entre Hitler y Stalin, vacilaba. Churchill, su sucesor, pareció mucho más decidido: resolvió terminar todo diálogo con Hitler, si bien al precio de ceder y transigir frente a Stalin. La indecisión de Chamberlain la habría explicado el católico Chesterton diciendo que ni el vacilante Primer Ministro ni la Gran Bretaña de 1938 creían en sólidos valores, como aquellos en que creía Donoso, por los cuales valiera la pena que los jóvenes británicos murieran.

De la Gran Bretaña de Chamberlain trasladémonos a la España de 1938 y, en cierto modo, al Chile de ese mismo año.

A fines de 1938 asumía en Chile don Pedro Aguirre Cerda, elegido por el Frente Popular. A la transmisión del mando asistió, co-



Pero la política, salvo en sus raíces valóricas más profundas, es confrontación de alternativas debatibles. Por eso es posible la democracia.

mo embajador, el líder socialista español Indalecio Prieto. Al mismo tiempo que el Frente Popular triunfaba en Chile, la república agonizaba en España. En esas circunstancias llegó Prieto a Chile. No quiso dar entrevistas. En cambio, entregó —para su publicación en nuestro país— cuatro de sus discursos, e incluyó uno pronunciado en Cuenca el 1 de mayo de 1936. Entregó, también, un prólogo en el que trasunta la tristeza del líder que, junto con ver el derrumbe de su causa, ha llegado al convencimiento de que la guerra pudo evitarse si los responsables de uno y otro bando, antes de tomar las decisiones que desataron la lucha, hubieran buscado algún acercamiento para impedir la tragedia.

No nos preguntemos nosotros si el diálogo pudo haber evitado la guerra civil española. Nunca lo sabremos. Preguntémosnos qué hizo que Prieto llegara a creerlo así.

En el prólogo en cuestión alude a los papeles encontrados en la celda de José Anto-

tado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilárlas en el campo de batalla".

¡Cuando Prieto escribió estas palabras en Chile, la revolución había cobrado un millón de muertos en España!

Por nuestra parte, conocemos otro escrito de José Antonio, anterior a la revolución, en el que recuerda que mientras se batía en las calles, pensó muchas veces que el obrero socialista que le apuntaba podía terminar abatiéndolo. Y que ese mismo obrero también podía caer en la refriega. Entonces ambos se encontrarían en el cielo, y luego de confrontar sus posiciones, descubrirían que se habían matado combatiendo por diferencias secundarias, comparadas con lo mucho que compartían.

En las tardías coincidencias entre Primo de Rivera e Indalecio Prieto, podría verse la mera expresión de personalidades ilusas. Pero también es posible pensar que, en las dramáticas circunstancias que vivieron, fue la fuerza de lo español lo que terminó imponiéndose en ambos. Porque Prieto era rojo, pero rojo español: "Lo nacional ha sido siempre musa de mi propaganda y de mi conducta, de todos mis actos". Y José Antonio era decisionista, cercano a la herencia espiritual de Donoso Cortés, pero decisionista español, no alemán ni anglosajón. Para él, como buen español de cualquier signo, las decisiones soberanas no pueden ser jamás pura discrecionalidad.

De lo cual se puede concluir que mientras no se comprometan los principios fundamentales, no hay motivos para rehuir la búsqueda de consensos. Las verdades religiosas y morales, así como los valores nacionales, no admiten transacción. Pero la política, salvo en sus raíces valóricas más profundas, es confrontación de alternativas debatibles. Por eso es posible la democracia. En democracia no todo debe ser transar y concordar, porque los países necesitan alternativas políticas en torno a las cuales se adopten y ejecuten decisiones. Pero tampoco puede ser todo intransigencia, porque los países también necesitan concordia.

Ricardo Rivadeneira M.

Mientras no se comprometan los principios fundamentales, no hay motivos para rehuir la búsqueda de consensos.

nio Primo de Rivera, el joven líder de la Falange, fusilado por los rojos recién comenzada la revolución. Entre ellos, un comentario al discurso de Prieto en Cuenca, en el que Primo de Rivera dice no haber encontrado nada de marxismo y sí mucho de las ideas de la Falange.

"Aun hay papeles más curiosos entre los que escribió Primo de Rivera en su celda mientras se ensangrentaban las tierras de España, y de ellos conservo —señala Prieto— la lista autógrafa de un gobierno nacional que el fundador de la Falange ideaba para poner término a tan fratricida contienda, lista en la cual figuro yo como ministro". Y agrega: "Data de muchísimo tiempo la afirmación filosófica de que en todas las ideas hay algo de verdad. Me viene esto a la memoria a cuenta de los manuscritos que José Antonio Primo de Rivera dejó en la cárcel de Alicante. Acaso en España no hemos confron-